

RAFAEL ARGULLOL

PASIÓN DEL DIOS QUE  
QUISO SER HOMBRE

RELATO Y CONFESIÓN

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2014 by Rafael Argullol Murgadas  
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, detalle de *Lamentación sobre  
Cristo muerto* (c. 1490), de Botticelli

ISBN: 978-84-16011-10-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 10448-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## RELATO

### I

Una quimera. Un monstruo. ¿Acaso no veis que es un monstruo, el mayor que haya existido, y el destinado a sufrir más que ningún otro? Dejad, pues, que disfrute por un momento del consuelo de unas caricias.

Ella seca con su larga cabellera tus tobillos, aún húmedos por el agua tibia con que los ha lavado, y luego besa tus pies. ¡Qué escalofrío tan dulce te proporcionan esos besos! Si no supieras lo que estás obligado a saber éste sería el instante perfecto con el que sueña cualquier hombre. Un perfume, unos labios. Quisieras prolongar indefinidamente ese instante sin que la promesa de placer precipitara el estremecimiento. Quisieras que el mundo quedara suspendido para siempre antes del beso final.

Pero sabes demasiado. Siempre has sabido demasiado y en esto ha consistido tu naturaleza quimérica. Sabías demasiado al nacer, y sabías demasiado antes de nacer, cuando urdiste el plan, cuando te prestaste a ser el protagonista del oscuro experimento que rompía todas las leyes imaginables. ¿Hay una monstruosidad mayor que un dios metido en la piel de un hombre?

La criatura nacida de esa pesadilla está destinada a padecer el mayor de los tormentos pues, por su propia condición, tendrá el corazón de un ser humano y los pensamientos de un dios. La sangre correrá por sus arterias en busca del goce y el dolor de cada día incierto, pero en su alma

se arremolinarán continuamente el pasado y el futuro; el pasado, como una piedra de fuego, y el futuro, como un espejo cristalino en el que todo se refleja con nítida crueldad. ¿Se puede imaginar a alguien sin dudas sobre su porvenir que, al mismo tiempo, esté desprovisto del beneficio del olvido?

Tú eres ese alguien. Y tú la criatura que conoce, con abominable detalle, todos los actos que le esperan. Incluido el día y las circunstancias de tu muerte. Esto lo sabes porque tú mismo la has fijado minuciosamente, como la última escena, la más grandiosa y terrible, del plan trazado para conmover los cimientos del mundo. Has elegido tu muerte, la muerte de un dios, a manera de gran provocación contra el conformismo de las conciencias. Serás el sacrificador y la víctima.

Prisionero de tu propia esencia, obligado a ser puro espíritu, ajeno por tanto a cualquier juego de los sentidos, ajeno a las emociones, sin miedo pero también sin esperanza, envidiabas las veleidades de los mortales, necesitabas ser como ellos. Es más: querías ser uno de ellos. Así empezó el reto y así te dispusiste a emprender un largo viaje, cuyas estaciones conocías de antemano. La muerte te resultaba el hecho más desconcertante y, sin embargo, asimismo, el más imprescindible. Sólo la muerte humana de un dios perturbaría definitivamente el orden de las cosas. El velo del mundo quedaría rasgado; el pecho de los hombres, conmovido; y tú mismo, el dios suicida, se vería al fin aliviado de la terrible monotonía de una errancia meramente espiritual. La luz, para volver a ser luz, necesita extraviarse en caminos oscuros y valles de penumbra.

El círculo ya estaba cerrado cuando empezaste a crecer en el vientre de tu madre. A decir verdad ya lo estaba nueve meses antes, cuando se le anunció a la pobre muchacha

que en sus entrañas yacía la semilla de un drama sin precedentes. La adolescente, María, queda sobrecogida por la noticia y su cara se tiñe con una seriedad impropia de las adolescentes.

Los pintores, tus centinelas, lo han reflejado con precisión. Cada pintor, por separado, es un mentiroso, pero la suma de todos ellos recoge la verdad. Tras la Anunciación tu futura madre se pliega sobre sí misma y su expresión es una extraña mezcla de reverencia, devoción y temor. El monstruo divino la ha elegido a ella entre millones para hospedarse en su interior. ¡Qué extraño destino para una muchacha pueblerina que sólo aspiraba a una modesta felicidad!

María ya nunca borrará esta expresión de su rostro. Nacido el cachorro la madre nunca aparecerá como una de esas madres que miran alegre y orgullosamente a su alrededor. Sus ojos están serios, vigilantes, atentos. Está claro que su responsabilidad es excesiva. La escena encanta a los pintores y la reproducen miles de veces. La madre, con la mirada tensa, una fiera dispuesta a lanzarse contra los depredadores que amenazan al cachorro; o la madre, con una mirada profunda y solemne, consciente del deber extremo que ha recaído sobre ella; o, en la inclinación más trágica, la madre que se enfrenta al porvenir con una intensa melancolía porque ya sabe, ella también, lo que le espera al niño que acoge amorosamente en su regazo.

Naturalmente nunca pensaste en tu madre. Poseído por el furor de experimentar la condición humana hasta sus últimas consecuencias no te detuviste un solo instante para considerar lo que le hacías a esta muchacha. Ninguna mujer sale indemne de la violación divina. Danae, Io, Leda, Semele. Es un estigma que la marca para siempre. No obstante, lo peor viene después, cuando el fruto

se agranda en su seno. Si estar preñada de minotauros o esfinges conduce a la locura, ¿a qué extremo puede conducir la angustiada percepción de saberse encinta por el espíritu con la imperiosa orden de engendrar un ser humano?

Desde que recibió la noticia la púber de Nazaret se esconde de los demás y de sí misma. Todos a su alrededor sospechan, empezando por su prometido, José, el carpintero, un buen hombre desbordado por los acontecimientos, que sufre en silencio, como hacen los buenos hombres. José, entrado en años, aguanta la humillación por el amor que profesa a su jovencísima novia. Aguanta con la seriedad del tímido. En sus ojos se detecta el fulgor apagado de la mirada humilde. Ningún pintor ha arrancado una sonrisa al rostro de José.

Para ella, María, las cosas son diferentes. Apenas puede ocuparse en sentir lástima del futuro esposo. El rayo se ha precipitado sobre ella y, aunque no ha sido reducida a cenizas, como otras poseídas por los dioses, el incendio tiene lugar en su interior. No comprende nada de lo que le sucede y un terror indefinido le abrumba día tras día. Pero por las noches, cuando el agudo silencio del cielo de Galilea penetra en su alcoba, el pánico queda momentáneamente en suspenso y un oscuro orgullo, un oscurísimo orgullo, se apodera de su mente. Su vientre es un volcán a punto de erupción e involuntariamente sueña con la lava deslizándose por su carne. Sus emociones danzan a flor de piel mientras el monstruo se agita violentamente entre sus vísceras. Está empezando a amar al pequeño ser que ha interrumpido su vida de niña que hace poco jugueteaba por las polvorientas calles del pueblo para transformarla en una mujer completamente anómala. Empieza a amar ese nuevo juguete abismal que le ha proporcionado el destino. Con un

amor sombrío, duro y dulce simultáneamente, dispuesto a todo para defender su ley.

Y tú, entretanto, te sientes satisfecho porque el desesperado amor de María que alimenta tu sangre te hace experimentar los primeros latidos humanos. ¿Qué importan la vergüenza de una adolescente y el oprobio de un hombre, de un buen hombre como José, ante el plan grandioso que has trazado para ti mismo? Nada: una mota de polvo en medio del huracán. En cambio, ¡qué maravillosa sensación dejar atrás lentamente la anodina perfección del espíritu para dar inicio a los conocimientos de la carne! ¡Qué delicia, qué dolorosa delicia abandonar las inmensas praderas de la eternidad, con sus horas eternamente iguales, para adentrarse en los primeros espasmos del tiempo! La semilla crece, los órganos brotan, te excita la proximidad de la cosecha. La gran serpiente muda su piel. La curiosidad del dios que anhelaba ser hombre está a punto de ser satisfecha.

Todo está preparado para cuando la matriz de María expulse al fruto. Todo lo has preparado minuciosamente para apoderarte hasta la náusea de la condición de hombre. No convienen palacios ni comodidades, que sin duda mitigarían la crudeza del experimento. Un establo es mucho más propicio que un lecho de oro para la epifanía de un monstruo.

Y naces, humano, bajo un alarido del cielo. Después, el silencio, un silencio que congela el universo, y tras el cual la vida retoma su pulso con el llanto de un recién nacido. En el establo la sangre de la joven madre se derrama sobre la paja sucia y húmeda del invierno mientras José, con pericia de carpintero, corta el cordón umbilical para que tú, el monstruo con corazón humano y pensamientos divinos, empieces tu periplo en la tierra.

El escenario que has escogido, brutal y enigmático, encantará a los pintores. Al fondo de la cueva el cachorro, lavada la grasa que cubría su cuerpecito, reluce entre el padre adoptivo y la madre natural. José tiene la mirada perdida, incapaz de entender lo que sucede a su alrededor. Ella, en cambio, apenas liberado su vientre, ¡con qué veloz comprensión se hace cargo de las cosas! La púber ha madurado fulminantemente: ahora, ya mujer, está al acecho, dispuesta a abalanzarse sobre quienes traten de saquear su tesoro. Con certero instinto, con determinación maternal, María se suma al destino de la criatura, sin importarle las consecuencias, dichosa de que, nueve meses atrás, una fuerza tumultuosa se cebara en ella como víctima y como elegida. Los pintores, atentos a lo insólito, se vuelcan en el intento de capturar la transfiguración de la niña. Retratan su cara desde cien ángulos. ¡Qué violenta suavidad! ¡Qué calma prodigiosa!

Has escogido nacer en condiciones miserables, entre leñadores y pastores, ajeno a la mirada de los poderosos, casi en secreto: el dios se encarna en el hombre con sigilo, en el rotundo anonimato de una aldea perdida en las montañas. El mundo ignora la subversión contranatural que ha tenido lugar. La quimera se ha instalado sobre la tierra con el menor ruido posible, los apenas audibles gemidos de un organismo entregado al aire. ¿A quién, en el Imperio, puede importarle un niño nacido en el poblacho de Belén? A nadie, por supuesto, salvo unos pocos, dotados de olfatos especialmente refinados.

En el insomnio de una mala noche el rey Herodes lee desconcertantes augurios en el firmamento. Intuye que algo extraordinario sucede, algo que sus adivinos, consultados precipitadamente, son incapaces de descifrar. Pero Herodes, hijo de una estirpe cruel y desconfiada pero sagaz, no



se deja engañar por la confusión. Y al reanudar el sueño tras el largo insomnio ve con claridad que un invasor divino ha irrumpido entre los hombres, y que el mundo se precipita hacia una incertidumbre nueva en la que ni siquiera reyes como él podrán sentirse seguros. Dado que en el sueño aparece la aldea de Belén, un triste rincón de su reino, Herodes ordena ejecutar a todos los cachorros recién paridos en este territorio. A los cachorros de lobo, a los cachorros de vaca y de oveja, a los cachorros de mujer. Pese a su vesánica sagacidad Herodes no sabe con qué piel se ha pertrechado el intruso.

Para salvarte, José, el tímido carpintero que sólo ha visitado Jerusalén, fuera de su Galilea natal, prepara la huida al lejano Egipto, contigo, el bastardo que le ha caído del cielo, y con tu ensimismada madre. Y como es un hombre práctico, logrará tu salvación, aunque en su conciencia de buena persona no sabrá si es para bien o para mal.

Además de Herodes, también los magos persas, más duchos en la materia que los adivinos del rey, perciben el acontecimiento excepcional que ha trastocado el mapa de las estrellas. Una luz intensa en medio de la oscuridad les indica el rumbo con nitidez. Rápidamente se ponen en camino: las altas cordilleras primero y luego el desierto sirio. Y logran llegar a la cueva de Belén antes de que José parta para Egipto con el bastardo divino. Nada gusta más a los pintores que mostrar a los magos llegados desde la opulenta Persia con sus obsequios para el niño. Son generosos, pero su objetivo es otro: quieren verte cara a cara, quieren saber si has nacido como hombre para partir el mundo en dos mitades, con la luz en una y la tiniebla en otra. Te miran cuidadosamente los ojos y, a su regreso, tu mirada no deja de obsesionarles durante las largas jornadas del desierto sirio.

Ya en Nazaret, a la vuelta de Egipto, vives y creces en la

discreción de los lugares remotos. Y así transcurren treinta años de los treinta y tres que tú mismo te concediste al concebir el reto contra la rutina eterna en que te hallabas. Treinta años son muchos o pocos para un monstruo: depende de si los vives con los pensamientos del dios o con el corazón del hombre. Con todo, no hay duda de que son dichosos para ti, pues tu aspiración era vivir una felicidad de hombre, una existencia alejada de la perfección divina, sencilla, tranquila, esquiva a las ambiciones.

A excepción de la secuencia de tu breve estancia infantil en el Templo de Jerusalén, junto a los maestros de la ley, los pintores nada saben de esos treinta años tuyos de mediocridad humana porque las pobres horas del hombre, repartidas entre la supervivencia y las pequeñas pasiones cotidianas, han merecido poca atención por parte de los artistas. Y, sin embargo, tu aprendizaje transcurre en esas tres décadas llenas de minúsculos descubrimientos que perturbaban tu anterior impasibilidad divina.

En Nazaret, como todos los niños, asistes a los cursos de la sinagoga por la mañana y, por la tarde, correteas por las calles polvorientas. Luego, adolescente ya, ayudas a José en la carpintería, e incluso te inicias en el oficio de herrero. Te sientes feliz porque en el pueblo nadie sabe que eres un monstruo, y llega el momento en que tú mismo empiezas a olvidarte de tu monstruosidad. Una tarde, dormitando bajo una higuera para escapar del calor de agosto, piensas que en realidad todo ha sido una pueril pesadilla y que tú en nada eres distinto a los demás muchachos de Nazaret, que sueñan con ir a trabajar a Jerusalén y que miran furtivamente los cuerpos desnudos de las muchachas cuando éstas se bañan en el río. Estás a punto de derrotar a la eternidad para ser sólo una criatura fugaz, con sus miedos, con sus inútiles pero preciosas ilusiones.